

POR QUÉ GANÓ TRUMP Y LA CRISIS DEL MODELO DE GLOBALIZACIÓN ACTUAL

Por [Guillermo Oglietti](#) y [Sergio Martín-Carrillo](#) | Nov 11, 2016 |



Por **Guillermo Oglietti** y **Sergio Martín-Carrillo**

Los medios, la política tradicional, todos, están asombrados con los resultados electorales en EEUU. Las encuestas fallaron sobre la intención de la ciudadanía, tanto como la ciudadanía acertó en desafiar la voluntad del *estatus quo*. A la luz de las encuestas, el resultado de la elección estadounidense es sorprendente, pero nada es más comprensible que el resultado desde el punto de vista de los ciudadanos.

Muchas explicaciones compiten por analizar los resultados que muchos han calificado como decepcionantes para el *establishment* global. Así parecía reflejarlo durante las primeras horas en las que comenzaba a vislumbrarse el triunfo de Trump. Caía el precio del petróleo, el dólar se devaluaba, las bolsas asiáticas y europeas se desplomaban... parecía que Wall Street seguiría ese curso tras abrir sus puertas, sin embargo, Wall Street se mostró confiado con el nuevo Presidente. La Bolsa estadounidense subió, y a ésta la siguieron con confianza las europeas. El precio del petróleo recuperó sus valores y el dólar se fortalecía de manera notable. El candidato que no era del *establishment*, contentaba a los aparatos del *establishment*. ¿Hasta qué punto Donald Trump es por tanto un verdadero *outsiders*? En el discurso mantenido para ganar las elecciones lo era, sin duda. Pero tenemos nuestras dudas ahora que ya se ha convertido en Presidente electo de los Estados Unidos.

Volviendo a las causas de la victoria de Trump, una explicación predomina si observamos las elecciones estadounidenses bajo una óptica global: los resultados electorales en EEUU y los de otras geografías muestran un voto bien definido contra la actual globalización.

En España el descontento con la globalización se plasmó en el discurso en defensa del Estado de Bienestar amenazado por la globalización y la integración neoliberal europea, esto propició el nacimiento y el auge de Podemos, así como la fractura del PSOE, uno de los dos representantes del *establishment* en España (junto al PP). En el Reino Unido, esto se plasmó con el Brexit y el ascenso discurso antieuropeo. En Grecia fue con el ascenso de Tsipras, que logró gracias a un discurso soberanista, es decir, antiglobalización (que al final no cumplió) ganar dos elecciones consecutivas. El apoyo popular que recibió Sanders en las primarias de EEUU, si bien no alcanzó a triunfar sobre el aparato partidario manejado por Clinton, fue el primer reflejo del voto anti globalización que sobrevendría. El triunfo de Trump es otro hito en esta sucesión de eventos. Todos estos resultados tienen un factor común: el descontento con la globalización.

Trump ganó aun a pesar de lo que dice y hace.

Los votantes aumentan su preferencia por las ofertas electorales que muestran un discurso más desafiante con la globalización en cualquiera de sus manifestaciones. El avance en el este y centro de Europa y en Francia de partidos xenófobos, como el Frente Nacional, también ponen de manifiesto el actual descontento con la globalización neoliberal. Sin embargo, y muy en contra del discurso que quieren imponer los medios hegemónicos, las causas del auge de partidos como Syriza en Grecia o Podemos en España pueden ser las mismas que las del auge de partidos como el Frente Nacional francés, el UKIP en Gran Bretaña o figuras como la de Trump, sin embargo, las soluciones frente a la actual crisis de modelo son radicalmente diferentes. No es momento de hacer demagogia y poner en el mismo saco a unos y otros con la única finalidad de salvar el modelo en crisis. Esto puede tener terribles consecuencias que ya padeció Europa en particular y todo el mundo en general en la década de los '30.

En Trump encontramos simultáneamente el discurso xenófobo junto al discurso soberanista, el muro con México y el lema de campaña "Make America Great Again" que en campaña Trump vinculó a la falta de proteccionismo, la destrucción de 60.000 empresas industriales que cerraron y millones de empleos industriales perdidos. Trump ha ganado esta elección con un discurso antiglobalización, eligiendo quirúrgicamente a sus enemigos, los inmigrantes que le quitan puestos de trabajo a los norteamericanos, el liberalismo comercial que desplaza puestos de trabajo al resto del mundo y al gran ganador de la globalización, Wall Street y los medios de comunicación que lo acompañan.

No es el triunfo de la antipolítica. Por el contrario, lo que llevó a un magnate de derecha al poder fue precisamente la incapacidad del sistema político norteamericano para presentar las alternativas correctas. Fue la falta de política de los partidos que proscribieron la mejor opción, junto al interés político de los ciudadanos los que encumbraron a Trump. Sobre esto, hay que entender que la disputa electoral en los EEUU no se fraguó en el turnismo entre Demócratas y Republicanos, sino que se desarrolló en el enfrentamiento entre el mantenimiento *del status quo* del sistema, y la ruptura del mismo mediante un discurso que si era abiertamente contrario al sistema político estadounidense. En este sentido, queda de manifiesto que el mejor candidato para disputar la presidencia a Trump no era Hillary Clinton, sino que era Bernie Sanders. Pero éste, evidentemente, si que no contaba con la bendición de los grupos de poder estadounidenses.

Trump le ganó al *establishment* político, al Partido Demócrata, le ganó al propio Partido Republicano (recordemos que muchos líderes del partido, como los Bush, afirmaron que iban a votar a Clinton), al partido mediático, ganó contra la voluntad de las cancillerías extranjeras (la canciller argentina, Susana Malcorra haciendo gala de un *timing* político sin parangón, manifestó el mismo día de la elección su preferencia por el triunfo de Clinton) y aparentemente también había ganado a Wall Street. El triunfo de Trump es impresionante y muestra una rebelión contra el *estatus quo* que sostiene este sistema de globalización que contribuye a la incertidumbre y la infelicidad mundial.

La globalización neoliberal está enferma. No sirve a los intereses de la humanidad. Los ciudadanos del mundo la perciben ampliamente como un problema. Los acuerdos internacionales son negociados en secreto, a espaldas de los ciudadanos para que los trabajadores no sepan de qué se trata. En ningún acuerdo comercial internacional los trabajadores de los países involucrados han estado involucrados en las negociaciones. Ninguno de los acuerdos comerciales logrados en el planeta involucra cláusulas serias vinculadas a la defensa del trabajo, de los trabajadores y su nivel de vida. Solo se incorporan unas cuantas cláusulas que remiten a las modestas directrices de la Organización Internacional del Trabajo que solo sirven para darle legitimidad a estos tratados que empeoran la vida de todos los ciudadanos del globo^[1]. Las negociaciones de tratados comerciales internacionales han reservado un solo lugar a la participación de los trabajadores, la calle, y a veces ni tan siquiera eso. Pero el descontento está montándose en las urnas. Parece ser que a pesar de lo débiles que son nuestras democracias para representar los intereses de las mayorías,

la rebelión popular contra la globalización está materializándose en votos. Una de las principales víctimas que esta rebelión de votantes está mostrando son los grandes medios de comunicación. Sin dudarlo, los medios están permeados por los intereses de las grandes finanzas y las transnacionales que contribuyen a financiarlos, por lo que “todos” son extremadamente conservadores en lo económico. Los medios son el principal pilar que sostiene el modelo actual de globalización. Permeados por los intereses de las grandes corporaciones y las finanzas, han logrado con mucho éxito, anular la democracia como instrumento de representación de las mayorías. El modelo actual de globalización agoniza, pero no está enterrado aún gracias a la capacidad de los medios de comunicación para cumplir este papel nefasto.

Latinoamérica debe evaluar los riesgos y aprovechar las oportunidades. Si Trump procura un cambio de estilo en la política exterior estadounidense, los resultados para Latinoamérica en términos geopolíticos podrían ser positivos. La competencia global dejaría de ser la excusa favorita para aplicar paquetazos, ajustes, privatizaciones etc. que tanto afectan al desarrollo de nuestros países. La xenofobia de Trump también servirá para desacreditar a nuestras élites más americanófilas y posiblemente brinde una ventana de oportunidad para poner en valor propuestas más soberanistas y emancipadoras tan relegadas en algunos países de la región. Lamentablemente, y a pesar del discurso pre-electoral de Trump, es difícil que la política exterior de EEUU hacia la América Latina cambie significativamente, ya que es, y seguirá siendo, conducida por los intereses de sus corporaciones.

Tenemos algunas pocas certidumbres tras estas elecciones. Una es que estamos en presencia de una profunda crisis del modelo de globalización impulsado por el neoliberalismo, que no cuenta para nada con el beneplácito de las grandes mayorías. Una segunda certidumbre es que frente al desencanto que genera esta globalización, la salida puede asumir cualquier color, el rojo de Sanders, Podemos y Syriza, o el color de la extrema-derecha de Trump, May o Le Pen. La tercera es que, con Trump en la presidencia de EEUU, quien realmente domina el mundo en estos días es la incertidumbre.

[1] Véase el siguiente enlace: <http://www.celag.org/competencia-salarial-desleal-del-modelo-de-globalizacion-neoliberal-por-que-la-oit-no-puede-evitarla-y-por-que-es-imperiosa-una-salida-regional-por-guillermo-oglietti/>:



COMPETENCIA SALARIAL DESLEAL DEL MODELO DE GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL. POR QUÉ LA OIT NO PUEDE EVITARLA Y POR QUÉ ES IMPERIOSA UNA SALIDA REGIONAL (POR GUILLERMO OGLIETTI)

Por [Guillermo Oglietti](#) | Oct 5, 2015 |



El mundo necesita más coordinación. La globalización avanzó caóticamente, sin más diseño que los impulsos de un mercado regido por el principio del libre comercio. Y de este caos han nacido grandes desbalances globales, uno de los cuales, es la inequidad que no ha cesado de aumentar desde mediados de los 70s. La fuente más relevante para explicar el avance de la desigualdad fue el desplome del poder adquisitivo del salario.

El diseño institucional de la globalización ha generado este problema, porque desencadenó una competencia salarial desleal de carácter internacional. Con el modelo de economías más cerradas de la postguerra, tanto los trabajadores como las agencias reguladoras (ministerios del trabajo) tenían más capacidad para establecer los salarios en niveles compatibles con el interés común y la voluntad democrática. Incluso si no había sindicatos, los trabajadores influían sobre las decisiones políticas a través del voto, y así fue como los pueblos con frecuencia consiguieron que las agencias reguladoras representasen los intereses de los trabajadores. Este diseño fue herido de muerte por la globalización neoliberal. El nuevo sistema permitió que las empresas se globalizaran, desplazándose por el globo tratando de reducir sus costos, en especial el salario y las regulaciones laborales. Y lo consiguieron plenamente, porque ni el poder sindical ni la capacidad regulatoria del Estado han podido globalizarse. El pilar de esta globalización está sustentado en el libre

comercio que le permite a las empresas abastecer los mercados desde cualquier lugar del planeta. Es claro que si gracias al libre comercio un importador le pone el mismo arancel a un país que favorece salarios altos frente a otro que los combate, el sistema crea el incentivo para la competencia salarial desleal.

En resumen, el sencillo diseño institucional que permitió globalizar las firmas pero no el poder sindical ni la regulación estatal, explica el constante deterioro de la capacidad de los trabajadores para mejorar sus condiciones, un fenómeno llamado “dumping social”. Esta denominación es incorrecta, porque por “dumping” se entiende a la estrategia desleal, intencional y transitoria de bajar costos para desplazar competidores, mientras que en este caso, la competencia es desleal pero ni es transitoria ni intencional. No es intencional porque por más que los ministerios y sindicatos prefieran los salarios altos, en gran medida están forzados a bajarlos para atraer empresas o evitar que se desplacen a países con menores salarios y regulaciones. Tampoco es transitoria porque las fuerzas del sistema tienden a bajar los salarios, no a subirlos. Por estas razones, la expresión “competencia salarial desleal” parece más apropiada para reflejar esta consecuencia inevitable de la globalización sin coordinación.

Cambiar este diseño institucional demanda que exista una entidad supranacional que regule e imponga estándares sociales y salariales para evitar esta competencia.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) tiene condiciones para serlo. Tiene un mandato constitucional para establecer normas internacionales de trabajo, “goza de reconocimiento universal en la promoción de derechos fundamentales del trabajo”, es la más antigua de las instituciones internacionales, buena parte de su plantilla de personal tiene vocación e historia en defensa de los DDHH y de los trabajadores, tiene una vasta presencia internacional y regional y, en la declaración de 1998, se comprometió en este asunto al afirmar que “la OIT desea aportar una respuesta a los desafíos planteados por la mundialización de la economía {...}. Si bien la mundialización de la economía es un factor de crecimiento económico, y aún cuando este último es una condición esencial del progreso social, todo confirma que no se trata de una condición suficiente para asegurar dicho progreso. El crecimiento debe ir acompañado, pues, de un mínimo de reglas de funcionamiento social fundadas en valores comunes...”. ¿Podemos ser optimistas? ¿Será que el bote de rescate de la OIT salvará al Titanic salarial en este mar helado de la globalización?

¡Malas noticias, estamos hundidos! La OIT hoy en día es más parte del problema que de la solución. Varias razones explican por qué no cumplirá este rol de coordinador. Una de ellas es que jurídicamente no podría, porque sus normativas no son vinculantes, no tiene poder de fuego en este sentido como el BM o el FMI para obligar a las partes. Otra razón es que resultaría muy difícil o imposible lograr acuerdos globales al respecto; en la OIT participan 186 países, lo que dificulta la coordinación de acuerdos dado que tienen intereses muy diversos, con frecuencia conflictivos y niveles de desarrollo muy heterogéneos que dificultan los acuerdos. Esto explica que sus convenios y recomendaciones respecto al salario sean prácticamente nulos. Además, como la negociación es tripartita, los representantes del sector empresario a veces representan intereses nacionales y a veces, los de empresas multinacionales, por lo que no puede esperarse que aprueben medidas que atenten contra sus propios intereses. Así, la coordinación global en el seno de la OIT parece condenada a fracasar aún si se intentase.

Pero la razón más lamentable, es que a pesar de su historia y a que reconoce el problema, la OIT no tiene vocación para cambiar el asunto. Como botón de muestra, la oficina regional de la OIT en Lima ha elevado una propuesta denominada “Políticas de Desarrollo Productivo (PDP) para el crecimiento inclusivo con más y mejores empleos” dirigida por su director regional J.M. Salazar Xirinachs. Es un muy buen documento que recomienda una política de economía neoclásica *naive*, ligeramente aggiornada y globalmente inconsistente. Aggiornada porque reconoce que el mercado no es suficiente para alcanzar el desarrollo, sino que se necesitan PDP (algo que históricamente señaló la economía heterodoxa). Naive porque el modelo parte de la premisa de que las inversiones y el aumento de la escala productiva generarán espontáneamente incrementos salariales. La única certidumbre es que un aumento de la escala productiva generará más desempleados que contendrán las presiones salariales, salvo que la propuesta esté impulsada en la demanda de las exportaciones. Y aquí es donde nace la inconsistencia global. Porque está recomendando un modelo muy similar a la receta que aplicaron Japón y Corea: un bonito modelo liderado por el sector exportador. Lo malo de este modelo es que no resulta globalmente consistente, porque si todos los países se dedican a exportar, ¿quién ocupará el papel de comprador de estos productos? Alguien tiene que comprar y si la demanda no proviene de los trabajadores, provendrá de alguna fuente de inestabilidad que solo dilatará el problema de sobreproducción (como una burbuja de activos, o la contabilidad financiera o las importaciones de EEUU que desde los 80s viene acumulando un déficit de cuenta corriente que equivale a unas 100 veces el Plan Marshall). La inconsistente proviene del hecho de que este

modelo funciona mejor mientras menos países lo apliquen, es decir, que no funcionaría si todos lo aplicasen.

La OIT está proponiendo un modelo que sin duda es bueno para un país individualmente, pero no es una alternativa sustentable a escala global. No es la política que uno esperaría que proponga un coordinador global.

El aspecto más errado y neoclásico de la mirada de la OIT, es la concepción individualista de las soluciones que propone. El *homo economicus* egoísta e individualista se traslada directamente al plano internacional presuponiendo que los países también se comportan como este *homo economicus*. La OIT está elaborando propuestas basadas en este principio, sin considerar las ventajas de buscar soluciones coordinadas y colectivas al problema global de la competencia salarial desleal. Si la política económica se inspira en la regla del “sálvese quien pueda, porque salvándose a sí mismo nos salvaremos todos”, no hay lugar para alternativas basadas en la cooperación y coordinación internacional.

Que la OIT no tenga competencias o la intención de lograrlo, no quiere decir que el esfuerzo de coordinación no deba ser realizado. Sea cual sea la institución regional que tome la iniciativa al respecto, es hora de que nuestros gobiernos de Latinoamérica combatan la competencia salarial desleal. Es mucho más factible lograrlo en negociaciones regionales que en el seno de la OIT. Porque es más fácil alcanzar acuerdos regionales que globales para globalizar la regulación del trabajo, porque hay menos heterogeneidad en la región que en el mundo (lo que facilita los acuerdos y fijación de estándares), porque están involucrados menos actores en la negociación, porque estos acuerdos deberían involucrar cierta dosis de protección del mercado regional frente a la competencia desleal salarial del resto del mundo, y para ello podría apoyarse en los acuerdos regionales comerciales que existen, porque acuerdos regionales que combatan la competencia salarial desleal no solo contarán con el apoyo de los trabajadores y gobiernos, sino también, de una parte significativa del empresariado que percibirá la compatibilidad entre las políticas de salario digno que actualmente persiguen los gobiernos con proyectos desarrollistas de la región y el modelo de competencia internacional.

ACERCA DEL AUTOR

Guillermo Oglietti

Doctor en economía aplicada por la Universidad Autónoma de Barcelona, postgraduado del Instituto Torcuato Di Tella de Buenos Aires y Licenciado en Economía por la Universidad Nacional de Río Cuarto (Córdoba, Arg.). Dirigió el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Territorio, Economía y Sociedad de la Sede Andina de la UNRN en Bariloche. A lo largo de su vida académica, se ha concentrado en problemáticas del desarrollo económico como la inmigración, la inversión extranjera, la relación ahorro-inversión y la enfermedad holandesa en los países latinoamericanos y, recientemente, ha orientado sus trabajos al área de la economía del turismo y las finanzas y la economía urbana.